

SANDRA FRID

Los  
demonios  
de mi  
cuerpo

LA NOVELA DE  
Pita Amor

 Planeta

© 2022, Sandra Frid

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik **núm. 111**,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición en formato epub: mayo de 2022

ISBN: 978-607-07-8719-5

Primera edición impresa en México: mayo de 2022

ISBN: 978-607-07-8729-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Inframex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

Con manos temblorosas, don Emmanuel Amor alejó la mirada, la hoja recién leída parecía lanzar flamazos que incendiaban sus pupilas. Las palabras *se expropiarán... restitución de terrenos, montes y aguas* bramaban dentro de su cabeza.

—¡Me alegra que por fin viniera, don Emmanuel! Hace varias semanas que lo esperaba. Ojalá haya tenido buen viaje, dicen que el camino de la Ciudad de México para acá es peligroso, lleno de cuatreros —la señora Vidal, dueña de la hacienda vecina, no aguardó la respuesta—. Para proteger nuestras tierras quizá deberíamos proceder como el antiguo propietario de Cuahuixtla —ante la mirada inquisitiva de don Emmanuel, la mujer continuó—: Tenía una jauría de perros feroces.

Pensativo, el hombre se rascó la nuca. Él y su hermano eran enemigos de la violencia. Trabajando y sin temores, habían logrado anexar a San Gabriel la Estancia Michapa y San Ignacio Actopan, extendiendo sus dominios hasta las veinte mil doscientas cincuenta hectáreas. Así, confiados, construyeron la extraordinaria cuadra de caballos trotones, de polo, los de pura sangre para carreras, la importación de galgos y fox terriers. Siempre habían atendido las necesidades corporales y espirituales de los trabajadores. ¿Expropiarnos lo que con tanto esfuerzo construimos?

—Señora, ni perros ni leones impedirán que los rebeldes invadan nuestras tierras. Ya han incendiado algunos cañaverales y saquearon la mansión de Tenango. Habrá que tomar otras medidas —afirmó con amargura.

—Don Emmanuel, su hacienda es la más importante en Morelos. ¡Haga algo! —clamó, estrujando los guantes de hilo con ambas manos—. Mis hijos creen que solo son amenazas. Es un pésimo momento para ser viuda.

Amor volvió a su asiento y, tras unos instantes, dijo:

—Le escribiré una carta a Madero. Somos víctimas de atropellos, y eso es exactamente lo que voy a decirle. No es posible que don Francisco dé cabida a las pretensiones socialistas de esa gente.

Al despedirse de la señora Vidal, quien partió llorosa en su carruaje, el hacendado se reclinó en el muro de piedra. Miró alrededor; la vista no abarcaba los límites de su propiedad. Pensó en las mil quinientas toneladas de azúcar que producía, en la miel y el arroz.

No, no podían invadir ni expropiarle sus tierras, menos ahora que negociaba un financiamiento con autoridades federales y con corporaciones extranjeras para expandir su actividad comercial. Había logrado obtener del gobierno una cuantiosa concesión de aguas procedentes del río San Jerónimo, que usaría en una planta de energía.

Un fluido llameante escaló desde sus entrañas; quiso tragar saliva y un resabio amargo inundó su boca, impidiéndoselo. El dolor le contrajo la cara. Sacó un pañuelo del bolsillo y secó el sudor que ya le humedecía la calva incipiente. Sosteniéndose de la pared, regresó al escritorio y se derrumbó en la silla con la cabeza echada hacia atrás. Respiró hondo, pero no sintió alivio. Dio unos sorbos al vaso de agua: le supo mal.

—La carta... —dijo en voz alta—. La redactaré de inmediato.

Tomó varios pliegos, mojó la pluma en el tintero y anotó la fecha: julio 7 de 1911. Luego de firmarla, la guardó entre las páginas del libro que leía: *El peregrino de su patria*, de Lope de Vega. Para que llegara más rápido a las manos de Madero, debía enviarla una vez que hubiese regresado a la capital, viaje que esperaba hacer al día siguiente.

Tras una noche de mal dormir, en la quietud de la aurora, mientras las mujeres recogían los restos del desayuno y los va- rones se marchaban a la zafra, cuando aún reinaba el silencio solo hendido por el canto de las aves, don Emmanuel, en su despacho, revisaba las cuentas que le había entregado el admi- nistrador un momento antes.

Con un té inglés que lo libraba de los vahos del sueño, y unos quevedos que agrandaban los números, se acodó en su es- critorio. Unos golpecitos en la puerta lo interrumpieron.

—Disculpe usted, patrón, aquí están los dueños de las ran- cherías; insisten en hablarle...

—¿Los mismos que vinieron la semana pasada?

—Sí, patrón, ¿se acuerda que me ordenó decirles que vol- vieran hoy?

Lo había olvidado, pero le apenaba despedirlos de nuevo. Se reclinó en el respaldo y suspiró. El administrador no tardó en regresar seguido por dos hombres que de inmediato se qui- taron el sombrero e inclinaron las cabezas. Luego de presentarse, Amor les dio permiso de hablar.

—Mire usted, patrón, nosotros venimos de un pueblo aquí cercas, de Amacuzac, que quedó dentro de su hacienda ora que se extendió. Son tierras rocosas, secas, pues, con barrancas donde no es posible sembrar. Y pos... —el hombre hacía girar su sombrero entre los dedos anchos y cortos—, es bien poqui- to el espacio que tenemos para...

—Si sus mil trescientos habitantes pueden cultivar sus parcelas, es gracias a nuestras aguas —afirmó Emmanuel.

—Es que queremos... cómo le diré... hacernos tantito más grandes y no tenemos recursos para obras de riego.

—También recibimos quejas de los habitantes de Puente de Ixtla, patrón —intervino el que había permanecido silencioso.

—¿Y ellos qué? Están en zona fértil —reiteró el viejo.

—Sí, pero encajonados entre San Gabriel y Vistahermosa.

El hombre no se atrevió a añadir que la hacienda de los Amor se beneficiaba con las aguas del río Chalma, además de otros tres, y las de algunos manantiales.

Don Emmanuel se atusó el bigote, seguro de que también le reclamarían aquel gran logro: haber obtenido del gobierno federal la fabulosa concesión del río San Jerónimo. Pero no, no podían reclamárselo porque ellos no lo sabían. Estiró el brazo para alcanzar la jarra de agua, y al servirse, en el chorro vio la gran presa que construyó en... ¿qué año? 1885. Sí, gracias a esa obra era posible conducir el vital líquido por dos canales que regaban los cultivos de caña, arroz, frijol, maíz y yuca. De pronto, las palabras que le dirigía aquel campesino lo regresaron al presente:

—... en tiempos de secas esos pueblos carecen de agua para sus campos...

El hacendado bebió el contenido del vaso pidiendo a Dios que le diera la paciencia que nunca le había faltado y con la que siempre había tratado a sus trabajadores. «Estos no son tus empleados», le dijo una voz dentro de su cabeza. «Y si hemos logrado almacenar tanto líquido es porque nos esforzamos. ¿Qué saben estos ignorantes de los enormes problemas que tuvimos para aprovechar cada gota?».

Por un momento, a pesar de su experiencia, no halló la manera de quitárselos de encima.

Prometió buscar una solución y se ajustó la corbata de moño, señal que, a manera de clave, tenía con su administrador para que sacara a los rancheros. Cinco minutos después salió rumbo a la capital.

Mientras don Emmanuel Amor abandonaba el estado de Morelos, un grupo de rebeldes se apoderaba de sus caballos pura sangre, otros hurtaban armas, municiones y algunos costales de arroz tras haber asesinado a varios trabajadores de la hacienda.

En cuanto regresó a la Ciudad de México envió a un mensajero a despachar la carta cuya respuesta le urgía recibir.

Desde la calle pavimentada, un lujo que, además de la luz eléctrica, ostentaba aquella nueva colonia de nombre Juárez, pero a la que llamaban «americana» (por la cantidad de extranjeros que la habitaban), contempló su casa: tan parecida a las mansiones que los aristócratas ingleses poseían en los Alpes.

Con la espalda erguida del hombre satisfecho de sus logros, atravesó el portón y se dirigió a la biblioteca. Ahí, en solitario, se permitió caer sobre el sofá de cuero verde. A sus 55 años, la fatiga le pesaba en los párpados y en los hombros.

Por primera vez sintió eso que llaman *miedo*. Miedo a perder una parte de sus tierras. Miedo a los incendios, a los saqueos. En aquel momento comprendió la urgencia de sacar de la hacienda los muebles y los cuadros más valiosos. «Sí», se dijo, «antes de que me los roben».

Ajena a las tribulaciones del esposo, Carolina llamó a una de las quince sirvientas, la que ordenaba su guardarropa, para que la ayudara a ceñirse el vestido, de reciente confección según la última moda francesa. Pliegues y encajes la envolvían con

elegancia y sin vulgares excesos. En su cuello pendía el collar de esmeraldas que Emmanuel le regalara para su primer aniversario de bodas.

Mientras observaba su perfil en el espejo confirmando que, a pesar de estar encinta por cuarta ocasión, aún lucía esbelta, se preguntó si ese embarazo les traería un varón. No es que deseara tenerlo, pero suponía que su marido lo preferiría. Después de todo Ignacio, el primogénito que procreó con la primera esposa, vivía en Stonyhurst, y aún faltaba un año para su regreso al país. «¿Se adaptará fácilmente a la familia?», se preguntó al recordar la primera vez que lo vio.

Carolina era hija de un médico militar alemán que llegó a México con las tropas que escoltaban al emperador Maximiliano, y de la poblana Gertrudis García Teruel, perteneciente a una familia adinerada. La pareja y sus cuatro hijos, dos hombres y dos mujeres, viajaba con frecuencia a Europa. Al regresar de uno de aquellos recorridos Carolina, la menor, decidió refugiarse unos días en la quietud de un convento.

Emmanuel, viudo y con un hijo, fue, como acostumbraba, a dar un donativo y orar en la capilla del convento de la Divina Infantita. Algo lo impulsó a interrumpir sus plegarias. Giró la cabeza. Detrás de una celosía vio a una joven de tez clara, cuyos labios parecían besar el aire abriéndolos al compás de sus oraciones.

El hombre, tan piadoso, olvidó su devoción. Sus ojos se negaban a abandonar aquella figura que le recordaba las estatuas medievales: una Virgen en el nicho de una catedral, con los párpados entrecerrados, cuello alto y manos de bailarina.

En ese momento buscó a la madre superiora. Luego de enterarse del nombre de la señorita que estaba pasando unos días de reclusión, solicitó permiso para hablarle. Carolina aceptó.

En el locutorio, en sendas sillas rígidas, Emmanuel quedó aún más embelesado. La joven, hermosísima, era culta, había viajado, hablaba alemán e inglés y sabía de literatura. Comprendió que Dios, al que le rezaba a diario, había puesto el destino de aquella dama en sus manos.

Al despedirse, el hombre dejó en Carolina una grata sensación. Ignoraba cómo definirla, pero percibía a un ser generoso, educado y noble, que, con su plática y ademanes, parecía alejar la soledad y la incertidumbre.

Julia, su hermana, se había casado nueve años atrás y vivía en Madrid. En sus cartas transmitía una felicidad que Carolina ansiaba. Pero a sus veinticinco años ¿aún sería posible anhelar un matrimonio así?

A la semana siguiente Emmanuel pidió una cita y se presentó, con puntualidad inglesa, en casa de Carolina. La señora Schmidlein lo recibió en la sala grande. No obstante estar enterada, tras el saludo y las frases de cortesía, la mujer le preguntó, como dictaban los buenos modos, a qué se debía su presencia.

—Mi esposa falleció hace cuatro años —declaró el hombre a doña Gertrudis, su futura suegra, si el Todopoderoso se lo permitía.

La señora asintió despacio. Ella había enterrado a su marido y entendía de soledades, más aún en un caballero como aquel, ¡con un hijo pequeño! Doña Gertrudis, alumna de José María Velasco, creadora de algunos versos que Amado Nervo, amigo de la familia, elogió en su tiempo, e interesada en organizar eventos culturales, consintió que Emmanuel visitara su casa.

Gertrudis no preguntó la edad del niño ni la del viudo, pues le parecía de mala educación. Por las hebras blancas que le jaspeaban el escaso cabello, calculó que Emmanuel debía rondar los 50. Esa tarde le bastó saber que el «pequeño», como lo

nombraba el padre, estudiaba en alguna ciudad inglesa y, por lo tanto, Carolina no tendría que hacerse cargo de él. Estaba convencida de que casarse con un hombre era mejor que con Dios. Además, de buena fuente se había enterado de que Emmanuel Amor Suberville pertenecía a una estirpe adinerada y católica.

Las tardes en las que el pretendiente visitaba la casa Schmidtlein, Carolina se esmeraba en su arreglo y en disimular el ligero temblor de sus manos que, por los nervios, escondía dentro de los pliegues del vestido.

Con frecuencia esa misma inquietud la alejaba del presente e, imaginando a Emmanuel besándola, perdía parte de la conversación. Entonces, cuando su madre le preguntaba su opinión, pedía disculpas por haberse distraído.

Se casaron unos meses después. La luna de miel inició en el barco que los llevó a Europa y cuyo destino final era Inglaterra. Mientras se dirigían al noroeste, hacia Lancashire, Carolina intentaba imaginarse a su hijastro, porque esa era la palabra que lo definía. «Y yo», se dijo, «me convertiré en su madrastra».

El enorme edificio de piedra color ocre se levantaba imponente al fondo de un camino rodeado de agua; en ella flotaban trozos de hielo que navegaban despacio y sin destino. El viento no lograba llevarse los nervios que, desde la noche anterior, atacaban a la recién casada.

Cuando al fin estuvo frente a Ignacio, enmudeció. El «pequeño», vestido con camisa blanca, saco y corbata, tenía 17 años, nueve menos que ella. «Emmanuel me engañó», pensó al estrechar la diestra de aquel joven que, aunque cortés, no escondía la circunspección aprendida durante un lustro de internado. «Este no es un niño, ¿me odiará?».

A lo largo de los sesenta minutos que les concedieron para visitar al muchacho, en los que ninguno de los tres supo cómo llenar los huecos de silencio que unen a los desconocidos, la

mujer quiso parecer más vieja y, por otro lado, ser amable, ¿afectuosa? Con discreción, buscó en el rostro de Ignacio rasgos similares a los de Emmanuel sin encontrarlos, o quizá se lo impidió el pudor de observarlo por ratos más prolongados.

El padre jugueteaba con su leontina y frecuentemente consultaba la hora sin fijarse en las manecillas. Su diálogo no fue más allá de: ¿cómo van los estudios? ¿Entrarás al equipo de rugby? ¿Qué tal tus compañeros? ¿La hacienda? Sí, todo bien, como debe ser. Tengo grandes proyectos para cuando regreses a México. ¿Necesitas algo?

Al abandonar Stonyhurst College, en el tren que los llevaba de regreso a Lancashire, la nueva señora Amor pensó, sin sentirse culpable, en la fortuna de mantener a ese joven lejos del incipiente hogar que estaba por cimentar.

En cuanto la sirvienta terminó de ajustarle el vestido, Carolina bajó las escaleras, lista para recibir a Martha y a Lucrecia, quienes solían ir dos o tres veces por semana a tomar el té que, como en Inglaterra, se servía en la mansión de los Amor.

Al llegar a la planta baja oyó ruidos extraños. Buscó a su alrededor; todo parecía en su lugar. Se asomó al jardín; sus tres hijas jugaban supervisadas por la nana. Un golpe resonó tras la risa de Mimí, su primogénita. El sonido venía de uno de los sótanos. Como si la hubiera convocado, apareció una criada.

—¿Qué pasa? ¿Quién hace tanto ruido?

—Están metiendo unos muebles que el señor mandó traer.

Con el ceño fruncido, Carolina dio media vuelta y fue en busca del marido.

«Qué vergüenza recibir a mis amigas con aquel escándalo».

Llamó a la puerta de la biblioteca. No hubo respuesta. Una mezcla de asombro y miedo la llevó a abrir. Apenas sostenido por la barandilla, halló a su esposo con medio cuerpo fuera de

la ventana, indicando a alguien que fuera con cuidado. Recelosa de que al llamarlo el sobresalto lo empujara al exterior, en voz baja pronunció su nombre. Él se volvió.

—Disculpa, no pretendía asustarte. ¿Qué sucede?

—Soy yo quien te pide disculpas —dijo abotonándose la levita.

Carolina esperó a que continuara la explicación, pero el hombre calló.

—¿Qué mirabas? ¿Y esos ruidos?

—Han llegado unos muebles que ordené traer de San Gabriel.

—¿De la hacienda? ¿Por qué?

Emmanuel se negaba a desenmascarar el temor que lo hostigaba. «Entereza ante todo», repitió su voz interna. Guarecido detrás del escritorio, fingió llaneza en sus palabras:

—¿Te acuerdas del mueble de caoba brasileña? ¿La mesa de marquetería y las consolas Luis XIV que heredé de mis padres? Lucirán más en esta casa. ¡Ah!, también algunos tibores y los tapetes persas. Ya no vamos con frecuencia a la hacienda, y ahora —su vista descendió hasta el vientre de su señora— menos. Por lo pronto, mientras dispones dónde acomodar cada pieza, ordené que las guarden en uno de los sótanos.

—Habrá que decidirlo pronto, son muy húmedos —y tras una pausa, añadió—: ¡Qué bueno tenerlos aquí! El calor de Morelos podría dañar esos objetos tan valiosos.

Satisfecha con la explicación, y gustosa de mostrar a los visitantes los lujos que rodeaban a su familia, se encaminó al saloncito rosa donde aguardaría a las amigas.